LA MARQUESA DEL CIPRÉS

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

POR

FRANCISCO I. SOCASAUS

MADRID
IMPRENTA DE DOMINGO BLANCO - LIBERTAD, 31.

La Marquesa del Ciprés

LA MARQUESA DEL CIPRÉS

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA

POR

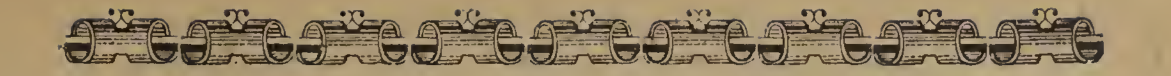
FRANCISCO I. SOCASAUS

MADRID
IMPRENTA DE DOMINGO BLANCO - LIBERTAD, 31.

PERSONAJES

MARQUESA DEL CIPRÉS. 54 años.
HERMANA VIRTUDES. Monja.
LAZARILLA. Joven educanda.
VIUDA DE PELÃEZ. 40 años.
BORDADORA. Joven.
CASIMIRO. Criado 54 años.
FRAY DIEGO.
FRAY BARTOLO.

EPOCA ACTUAL



ACTO UNICO

Sala lujosamente amueblada, con tono de severidad. Cuadros de asuntos religiosos. Vitrina con antigüedades. Un velador y varios libros. Puerta al foro y otra lateral.

ESCENA PRIMERA

MARQUESA y CASIMIRO, éste con un plumero en la mano.

MARQUESA. ¿Supongo que los bizcochos los habréis comprado en la confitería de San Luis?

CASIMIRO. Sí, señora; por cierto que no son tan esponjados y exquisitos como los de Vélez.

MARQUESA. No importa; ya sabes que á los Padres no les gustan los de Vélez, porque es sospechoso de liberal y está anotado en el libro de los sitiados.

CASIMIRO. Cuarenta años llevo al servicio de la casa; agradecido vivo á mi señora; pero con el cariño que la gratitud engendra, me atrevo á decirle, con toda clase de respetos, que no veo justo y razonable se deje de comprar donde venden á conciencia y lo que expenden sea de mejor calidad que el género de otras partes.

MARQUESA. No lo comprendes, porque desconoces la sociedad en que vivimos, ignoras los tremendos males que nos amenazan y la heca-

tombe que está pronta á estallar si no la evitamos los que mantenemos fervosamente en nuestros corazones el fuego sagrado de la fe.

CASIMIRO. ¿Pero qué tienen que ver los bizcochos con la fe religiosa?

MARQUESA. ¿Acaso ignoras también que nos hemos juramentado para no comprar en los establecimientos de liberales y herejes?

CASIMIRO. Pues si ellos apelaran al mismo procedimiento, la vida sería un continuo batallar, un caos, suponiendo que no haya exageraciones en estas cosas.

MARQUESA. No las hay por nuestra parte; en cuanto á las represalias, somos más fuertes que ellos en medios y recursos para combatirlos; nosotros les hacemos la guerra hasta dentro de sus hogares, de sus... y ¿para qué he de darte más explicaciones? No seas indiscreto, que las objeciones me desagradan por respetuosa que sea la forma de expresarlas.

CASIMIRO. Señora, téngame por buen cristiano; practico en lo que puedo la caridad, siguiendo de Jesús las máximas divinas; no creo dude usted de mis creencias religiosas; pero ayer me dijo el administrador que la cuenta corriente ha dado un bajón tremendo; que las generosidades de usted, sus constantes donativos con destino á la creación de edificios para las comunidades religiosas y dotes á monjas pobres acabarán con el capital, si continúa usted por ese camino.

MARQUESA. He dicho y repito que no admitiré consejos de nadie y menos si éstos tienden á mermar mi autoridad; á los únicos que presto y prestaré toda mi atención, es á los que recibo de mi director espiritual y venerable padre fray Diego, que, inspirado por Dios, salva mi alma y guía mis pasos por este corto tránsito de la vida.

CASIMIRO. ¡Ay, señora! El peso de los años todo lo oscurece, y hasta la alegría del vivir la viste de fúnebre mortaja; y si el misticismo se apodera de nosotros y tendemos la vista en nuestro derredor... todo lo vemos triste y pálido... Amando á lo divino, debiéramos también rendir culto al espíritu humano, porque la humanidad, el mundo y su progreso, como obra de Dios, no debe ser despreciada...

MARQUESA. Filósofo estás, Casimiro; pero resulta ridículo un filósofo con plumero. ¿Dónde aprendiste tanta filosofía? ¿Del administrador quizás?...

CASIMIRO. Para comprender que á la señora Marquesa le entenebrecen la existencia; para reconocer que no debe ser grato á los ojos del dulce Jesús que derramó su sangre por salvarnos, que un cristiano que de piadoso blasone mande al portero que arroje de su casa á los pobres para que no pisen el umbral de su puerta, mientras las abre de par en par á los que para vivir explotan la fe religiosa, para comprender esto, no hace falta ser filósofo.

MARQUESA. No debiera contestar á tus atrevidas insolencias; pero te advierto que estás equivocado; esos pobres que el portero despide, la mayoría son vagos de profesión que hacen de la mendicidad un oficio.

CASIMIRO. Alguno habrá; pero ya sabe la señora Marquesa que vale más salvar á cien culpables que castigar á un inocente... También en las Ordenes religiosas, entre los que las abrazaron por verdadera vocación, los hay que, huyendo del trabajo y del combate de la vida, rompiendo el lazo de amor entre sus familias y ellos, sólo buscan la manera de solucionar el problema de vivir sin trabajar, encerrados en repugnante egoísmo;

viven para ellos solos, mientras los demás vlvimos para ellos; ellos maldicen el mundo; en cambio Dios lo bendice mandándonos el calor y el rocío, y nosotros cantamos dulces plegarias á la vida...

MARQUESA. Jamás te has expresado en esa forma; hace una temporadita me hablas con cierta reticencia; y aunque nacistes en mi casa siendo hijo de servidores de mis padres, que en gloria estén, noto en ti cierto carácter que no estoy dispuesta á tolerar; ¿pero qué móvil te guía para tan acentuada transición?..

CASIMIRO El que impulsa al perro fiel que ladra ante el peligro para salvar á su amo...

MARQUESA. Tu intención sana y noble, aunque brota del error, desarma mi enojo; pero ten presente que por encima de todo está la salvación de mi alma y con ella la felicidad eterna... (Suena un timbre.) ¡Han llamado! (Váse Casimiro por el foro.) Ese administrador ha inculcado en el sencillo corazón de Casimiro las perversas doctrinas de los liberales y masones; luego, las malas lecturas... Es tan aficionado á leer... ¡Y yo que creía se recreaba leyendo vidas de santos!... Por eso habla de progreso... humanidad... altruísmo... ¡Claro, si tienen la cabeza llena de folletos socialistas!... No cabe duda: se ha contagiado...

ESCENA II

Dicho, FRAY DIEGO, FRAY BARTOLO Y CASIMIRO, todos por el foro.

FR. DIEGO. La paz de Dios sea en esta santa casa.

MARQUESA. Su nombre sea alabado (besa los crucifijos.)

FR. BART. ¡Ay, señora Marquesa! ¡Cuántas novedades tenemos que contarla!

MARQUESA. ¿Gratas?

FR. DIEGO. Gratísimas. Nos visita lo más notable de la capital y nos honran con sus caridades las devotas más distinguidas...

MARQUESA. Pero tomen asiento. (Se sientan todos menos Casimiro.)

FR. BART. No cesamos ni un momento de rogar por nuestras bienhechoras... Y usted es de las predilectas, señora Marquesa.

MARQUESA. Mil gracias por la distinción.

FR. DIEGO. ¡Es usted tan buena!...

FR. BART. La Comunidad la bendice todos los días.

MARQUESA. No merezco tanto...

FR. BART. ¡Cómo no! Gracias á su celo religioso tenemos severo y elegante púlpito, así como también artísticos confesonarios de admirable talla en nogal.

FR. DIEGO. Dichosa usted, que en servicio de Dios emplea los bienes que El le prodiga.

MARQUESA. ¿Se convencen vuestras reverencias de que es eminentemente católica esta capital?

FR. BART. ¡Y hay quien duda de los milagros de la fe! Aquí llegamos há dos años con la pobreza de los apóstoles y hoy poseemos un magnífico convento...

FR. DIEGO. Y que no lo quemarán fácilmente los revolucionarios; tiene espesos muros y puertas chapeadas de hierro.

FR. BART. ¡Qué vileza de manía la de incendiar! Los gobiernos liberales sin fe ni religión cultivan la ignorancia en las muchedumbres, siembran vientos y recogen tempestades. ¿Y qué buscarán con sus asaltos en nuestras residencias?...

MARQUESA. ¡Si creerán que guardan tesoros los que de la limosna viven!... (Con intención.) ¿Verdad, Casimiro?

CASIMIRO. Yo no digo nada.

FR. DIEGO. Si acaso, encontrarán alguna libra de chocolate, y malo... de á peseta.

FR. BART. No lo tomamos bueno sino en vuestra casa, señora Marquesa; ¡ya noto el olorcito... ya noto el olorcito! (Frotándose las manos.)

MARQUESA. Efectivamente; vuestras reverencias son exactas como un cronómetro; vienen todos los jueves á la misma hora. ¡Ah! Pero yo no soy menos... El chocolate espera órdenes.

FR. BART. Pues que lo sirvan, con la venia de usted.

MARQUESA. ¡Casimiro!...

CASIMIRO. Voy corriendo. (Aparte.) ¡Qué gorrones! —(váse)

FR. DIEGO. ¡Oh! No podéis figuraos, señora Marquesa, lo amables que son las señoras de Testafuerte... Nos han regalado para el altar un soberbio juego de paños bordados con delicadeza suma...

FR. BART. ¡Y qué diremos de las de Oreja! ¡Pobrecitas!... Como son de modesta posición social, nos mandaron (con perdón sea dicho) un cerdito convertido en sabrosos chorizos y en odoríficas morcillas...

MARQUESA. Lo harán á espaldas del marido; porque me parece que es de los que huelen á liberal.

FR. DIEGO. Diré á usted; es liberal por fuera, de ciertas condiciones...

MARQUESA. Pero esas condiciones no borrarán el estigma infamante...

FR. DIEGO. Según, según, amable marquesa; los liberales de la pasta del señor de Oreja son inofensivos, por dos razones: Primera: por que son autómatas; y segunda, porque son nuestros prisioneros de guerra, sujetos á la cadena que formamos nosotros con los eslabones de sus mujeres é hijos...

MARQUESA. ¿Pero se salvan?

FR. DIEGO. Sin duda alguna; se salvan, por... inofensivos.

FR. BART. ¿Y cuando despide usted al administrador?...

MARQUESA. No estará dos días en mi casa.

FR. DIEGO. Es masón; lo hemos averiguado; ¡fíese usted de las apariencias!

MARQUESA. ¡Es raro que siempre fuera desinteresado!

FR. BART. ¡Por Dios! Un masón no puede ser generoso.

FR. DIEGO. Desprecian la parte para quedarse con el todo. Como la señora Marquesa no tiene herederos...

MARQUESA. Es posible...

FR. BART. Ser liberal es más pecado que matar á su padre...

MARQUESA. No puedo consentir ni un minuto más un hombre así en mi casa.

FR. BART. A Casimiro lo creo contagiado.

MARQUESA. Sí, veo que demuestra grandes simpatías por el administrador.

FR. DIEGO. Me agrada que Casimiro esté presente en nuestras visitas; así podré estudiar más á fondo su fisonomía moral, aun que ya me parece tener formada mi idea; en el trato es afable y no debe ser torpe; pero en la cuestión política también creo peca de liberal; y si esto se confirma, créame la señora Marquesa; un hombre así sería peligrosísimo en esta santa casa.

MARQUBSA. Pondré de mi parte...

FR. DIEGO. Silencio; se acerca...

ESCENA III

Dichos y CASIMIRO, con servicio de chocolate, puerta lateral:

CASIMIRO. El chocolate.

FR. DIEGO. }
FR. BART. } (A dúo.) ¡Ay, que aroma tan exquisita!...

CASIMIRO. Los bizcochos están quemados.

FR. BART. No parecen muy católicos.

FR. DIEGO. (Paladeando uno.) Tienen mal gusto... ¿De dónde son?...

MARQUESA. De la confitería de San Luis.

CASIMIRO. (Con intención.) Velez no puede hacer buenos bizcochos; es liberal.

FR. BART. Ya decía yo; tienen mala cara, pero son deliciosos.

FR. DIEGO. ¡Magníficos!

CASIMIRO. Como que son de San Luis... pero tostados.

FR. BART. Más se ha de tostar Velez.

FR. DIEGO. Cuidado donde se compra, Marquesa...

MARQUESA. No olvido mis deberes; ya no compro la carne á la viuda de Peláez; ¡tiene un hijo socialista!

FR. BART. Lo sabíamos.

MARQUESA. El otro día tuvo el atrevimiento la madre de envolverme las chuletas en un *Motín*.

FR. DIEGO. ¡Periódico excomulgado!

FR. BART. ¡Jesús! ¿Y qué hizo usted?

MARQUESA. Dárselas á los perros.

FR. DIEGO. Perfectamente.

FR. BART. ¡Admirable, señora Marquesa, admirable!

FR. DIEGO. ¡Cómo está el mundo, Dios mío, cómo está el mundo! Ni en los países salvajes ocurre lo que aquí; aun cuando sus habitantes están por civilizar, no carecen de cierto espíritu religioso...

FR. BART. Cuéntenos, hermano Diego, episodios de sus viajes por aquellas lejanas tierras...

MARQUESA. ¡Cuánto me agradaría escucharle!...

FR. DIEGO. Señora Marquesa, estoy á sus órdenes. (Bebiendo.) ¡Qué leche más exquisita!

FR. BART. (Imitándole.) ¡Y mucho que sí! En el convento apenas si la probamos pura.

MARQUESA. ¿Es posible, teniendo yo cuatro hermosas vacas?... Mañana les mando una...

FR. BART. ¡Oh, señora Marquesa, qué buena es usted!

FR. DIEGO. Un millón de gracias en nombre de toda la comunidad por tan bellos sentimientos... Doy principio á mi plática... Hará diez años fuí en misión con otros hermanos de mi Orden á convertir infieles de las tribus árabes, que exparcidas entre las montañas y el

desierto, pueblan las cercanías de Damasco... ¡Damasco! La sultana de la Siria, con sus encantadoras llanuras, cubiertas de esplendorosa y lozana vegetación, fertilizada por risueños y cristalinos arroyuelos... Bordan sus cercanías blancas casitas como palomas. Estas delicias de la coquetona Damasco nos hacen recordar el paraíso ofrecido por el impostor Mahoma á sus creyentes; sus cúpulas, alminares y minaretes de grandiosas mezquitas, nos recuerdan los triunfos que los cruzados alcanzaron peleando contra los enemigos de nuestra fe, animados por el amor divino de Nuestro Señor Jesucristo, bajo el estandarte sagrado de la santa religión... Aun cuando la habitan unos doscientos mil árabes y turcos, há tiempo que la meritísima labor por nosotros emprendida ha creado allí establecimientos de caridad para el alma y para el cuerpo. ¡Grandioso esfuerzo el de los padres carmelitas!...

MARQUESA. Creo que también los hijos de Loyola...

FR. DIEGO. Cierto, señora Marquesa; también han laborado santamente.

MARQUESA. ¿Qué te parece, Casimiro?

CASIMIRO. Que son afables y tolerantes los creyentes de Mahoma. ¿Corresponderíamos nosotros así?

FR. BART. ¡No les consentiríamos ni poner una sola piedra para cimiento de una mezquita!

CASIMIRO. Lo creo, padre, lo creo...

MARQUESA. Y es natural; nuestra religión es la verdadera...

FR. BART. Exactamente. En el Cairo tenemos colegios donde se educan niños de diferentes religiones.

MARQUESA. ¿Y lo consienten ustedes?

FR. DIEGO. Señora Marquesa, nos consienten y toleran ellos, puesto que están en su país, regidos por sus leyes...

CASIMIRO. Luego allí, padre Diego, pedimos tolerancia; y aquí...

FR. DIEGO. Sé á dónde va á parar Casimiro.

FR. BART. Es intencionado y mordaz.

MARQUESA. ¡Exijo prudencia!

CASIMIRO. Como con frecuencia pulsan ustedes mi modesta opinión...

FR. DIEGO. Prosigo. Ocurrióme un día el tener que visitar á una familia de cristianos campesinos, y al llegar á un pequeño oasis del desierto, sentí el terrible rugido de una pantera; como nosotros no llevamos armas, al volver mi cabeza y ver al fiero animal que con centelleante mirada se recogía sobre sus patas traseras para saltar con más ímpetu sobre mí, como por inspiración divina saqué el rosario, hice la señal de la cruz mostrándoselo al felino, y huyó perdiéndose en la espesura... Este (enseñándole), éste me salvó de una muerte cierta...

MARQUESA. ¡Oh, Virgen María!

FR. BART. ¡Milagro portentoso! (Besan el rosario.)

CASIMIRO. (Aparte.) Lo de la pantera no me lo trago yo

MARQUESA. ¡Qué trance más terrible! (Suenan las seis.)

FR. DIEGO. Las seis. (levantándose todos) Aquí hago punto, y hasta otro jueves, señora marquesa.

MARQUESA. Mañana, Dios mediante, les haré una visita, á ver si está bien instalada la vaca.

FR. BART. ¿Pues cuándo la manda usted?

MARQUESA. Esta misma noche.

FR. DIEGO. Admirable; así se evita la curiosidad de los vecinos. (Dirigiéndose á la vitrina seguido de todos.) No puedo ausentarme sin despedirme antes de las antigüedades; soy muy aficionado.

FR. BART. ¡Cuánto cachivache!...

CASIMIRO. Esos cachivaches, padre Bartolo, costaron á mi difunto señor...

MARQUESA. Que en santa gloria esté...

CASIMIRO. Muchos miles de duros.

Fr. Diego. No aprecio los objetos por el valor material, sino por su mérito artístico. Ved aquel relicario de plata con antiquísimo grabado en el centro; tal vez haya pendido del pecho de algún santo; aquel rosario de perlas engarzado en oro denota ser del siglo dieciséis. ¡Quién sabe si manos regias habrán rezado con él!...

Marquesa. Ese tintero de barro blanco con brillante baño, lo compró mi abuelo á un pobre hidalgo de Castilla; afirma la tradicción, y un autorizado manuscrito, que perteneció á Santa Teresa de Jesús.

Fr. Diego. Efectivamente; parece de la época en que floreció tan esclarecida escritora... ¡Pero qué veo! Magnífico abanico de concha con finísima pintura sobre cabritilla. El estilo de las figuras es goyesco.

Marquesa. Sí, señor; es de Goya.

Fr. Diego. Todas esas monedas de variados metales y diferentes épocas evocan recuerdos, crímenes y hechos gloriosos. Cada objeto es un poema de la historia, en el cual sólo los inteligentes en esta materia saben leer... Mirad aquellas dos monedas juntas; se están besando. Y en vida, los dos bustos que algo borrosos se destacan en su centro, á pesar de ser hermanos, se odiaron terriblemente, hasta llegar al fratricidio. Fijaos bien: son don Pedro de Castilla y su hermano el bastardo don Enrique...

Marquesa. Lo que en más estimación tengo, es esa cruz bizantina.

Casimiro. Esa cruz costó cincuenta mil pesetas.

Fr. Bart. ¡Cuánta piedra preciosa tiene!

Fr. Diego. ¡Y qué esmalte más soberbio! Tal vez se haya venerado en alguna antigua Abadía... ¡Cuántas veces habrá sido besada y exhibida en las procesiones de claustro de algunos conventos!

MARQUESA. ¿Procederá de convento?

FR. BART. Cómo los saquearon cuando la expulsión de los frailes el año treinta y cuatro... ¡Tristes recuerdos de Mendizábal!

FR. DIEGO. Fué un bandido. ¡Dios le haya perdonado!

CASIMIRO. Pues aseguran que murió pobre, tanto, que el célebre torero Cúchares le pagó el entierro.

FR. BART. Patrañas de sus partidarios.

FR. DIEGO. (Aparte á la marquesa.) ¡Cómo enseña Casimiro la punta de la oreja!...

MARQUESA. ¡Ya, ya!

FR. DIEGO. Yo no colecciono más que candiles.

CASIMIRO. (Aparte.) ¡Siempre enemigos de la luz!

FR. DIEGO. Los tengo de bronce, hierro, y algunos del tiempo de Nerón y Marco Aurelio.

MARQUESA. Pero tenéis una joya que vale más que mi vitrina.

FR. DIEGO. ¿Cual?

MARQUESA. El rosario del milagro de la pantera.

FR. DIEGO. (Lo muestra.) Las cuentas son del olivo donde nuestro Señor oró bajo sus ramas cuando le prendieron.

MARQUESA. Si yo lo poseyera, lo veneraría en mi capilla cual sagrada reliquia.

FR. DIEGO. Los carmelitas (dándole el rosario) no pueden negar nada á la ilustre Marquesa del Ciprés.

MARQUESA. Lo acepto; pero á condición de que vuestras reverencias admitan mi cruz bizantina.

CASIMIRO. (Aparte.) ¡Qué barbaridad!

FR. DIEGO. Señora... nuestra delicadeza no puede abusar de tan magnánimos sentimientos...

FR. BART. Le advierto, hermano Diego, que conozco á la señora Marquesa... y si no aceptáramos, se ofendería.

FR. DIEGO. Siendo así... No la tocarán manos profanas.

MARQUESA. No cabe duda.

FR. DIEGO. Entonces, la acepto... y hasta mañana. (La Marquesa entrega la cruz á Fr. Diego.)

FR. BART. Dios la guarde.
MARQUESA. Id con él.
FR. BART. (Al marcharse.) ¿No confiesas, Casimiro Apenas nos visitas...
CASIMIRO. Tengo tan poco de que arrepentirme...
FR. BART. Con el pensamiento se peca todos los días.
FR. DIEGO. Los malos no estorban en el mundo; los ha creado Dios para que escarmienten los buenos...
FR. BART. Pero no olvides la sentencia de San Agustín: «O confesión ó condenación». (Saludan á la marquesa con una inclinación de cabeza y se retiran por el foro. Casimiro puerta del foro también.)
MARQUESA. ¡Qué elocuente y qué instruído es este fray Diego! Tiene un pico de oro; cuando predica hace llorar á los fieles... El milagro de la pantera me ha conmovido. ¡Qué descripción tan poética! Las horas se vuelven minutos escuchando á estos santos varones. (Váse puerta lateral.)

ESCENA IV

CASIMIRO, VIRTUDES y LAZARILLA, ésta con un cesto de ropa blanca, un par de medias y un escapulario. Entran puerta foro.

CASIMIRO. ¡Hacerlas esperar tanto tiempo!
VIRTUDES. No tenemos prisa.
CASIMIRO. ¿Por qué no avisaron?
VIRTUDES. Díjonos la doncella que había visita.
CASIMIRO. Voy á avisar á la señora (Váse lateral.)
VIRTUDES. (A Lazarilla.) Seamos comedidas... ¿eh?... A todo lo que te pregunten, dices: «sí».
LAZARILLA. (Con acento candoroso.) Ya lo sé.
VIRTUDES. No hables si no te preguntan.
LAZARILLA. Ya lo sé...
VIRTUDES. Y si lloro, lloras tú...

LAZARILLA. Ya lo sé...

VIRTUDES. Se mira con frecuencia al suelo, que eso denota humildad.

LAZARILLA. Ya lo sé...

VRITUDES. Con los dedos, no te suenes.

LAZARILLA. Ya lo sé...

VIRTUDES. Aunque te pique, no te rasques.

LAZARILLA. Ya lo sé...

VIRTUDES. Si nos obsequian come poco... como en el convento.

LAZARILLA. Ya lo sé... (Afirmando con la cabeza.) Ya lo sé...

ESCENA V

Dichos, MARQUESA y CASIMIRO.

VIRTUDES. Señora Marquesa...

MARQUESA. (Entrando.) Hermana Virtudes, ¿cómo va por aquella santa casa?

VIRTUDES. Muy bien, gracias á las buenas almas como usted, que nos dispensa su valiosa protección.

MARQUESA. (Examinando el cesto.) ¿Es la ropa?...

VIRTUDES. Y los pañuelos marcados con los blasones, como usted mandó.

MARQUESA. ¿Y esta joven?...

VIRTUDES. Una de las educandas, que por su buen comportamiento y aplicación, la hemos nombrado acompañanta de Hermanas.

MARQUESA. ¿Concluyeron las obras?

VIRTUDES. S , señora; repartimos unas hojitas impresas, en las que pedíamos yeso, cal, ladrillos, madera y clavos.

CASIMIRO. (Aparte.) Estas se agarran á un clavo ardiendo.

VIRTUDES. Y nos llenaron el convento de todo. ¡Que lo diga la niña!

LAZARILLA. Sí, señora...

VIRTUDES. La hermana Remigia me dió para usted,

este par de medias. (Mostrándolas.) Son las primeras confeccionadas á máquina por una de las educandas. También me dió este escapulario.

MARQUESA. Bonitas medias... y el escapulario es precioso...

VIRTUDES. Bendecido por el señor obispo.

MARQUESA. ¡Cuánto lo estimo!

VIRTUDES. Las chicas que recogemos los confeccionan también; ellas se entretienen; pero nosotras nos sacrificamos para que nada las falte y gocen de relativa abundancia... ¿Verdad, niña?

LAZARILLA. Sí, señora...

MARQUESA. ¡Qué niña más humilde! (Acariciándola.) ¡Qué candor en la mirada, y qué semblante más angelical!

CASIMIRO. (Aparte.) Buena alhaja debe ser.

LAZARILLA. Sí, señor...

VIRTUDES. ¡Si ahora no te han interrogado!

LAZARILLA. (Abriendo la boca con exageración.) ¡Ah! ¡Ah!...

VIRTUDES. A miles de privaciones nos sujetamos para que ellas coman tres veces á la semana *bacalado* y *estofado*. ¡Que lo diga la niña!

LAZARILLA. ¡Ay!... Sí, señora...

MARQUESA. Inocente criatura. Casimiro: recoge la ropa y que la coloque la doncella en el armario. (Váse Casimiro con el cesto.) Tomarán unas pastas y una copita de Jerez. ¿Tienes apetito, niña?...

LAZARILLA. Sí, señora.

VIRTUDES. (Pellizcándola.) Se dice que no la primera vez... Después se acepta.

LAZARILLA. ¡No tengo apetito, no tengo apetito!

MARQUESA. Has dicho antes que sí.

VIRTUDES. Es usted tan amable...

MARQUESA. Mientras lo preparan, pasen á ver mi capilla.

VIRTUDES. La niña se queda aquí, que tiene sucio el calzado y mancharía las alfombras.

LAZARILLA. Sí, señora. (Vánse Marquesa y Virtudes.)

ESCENA VI

LAZARILLA sola.

LAZARILLA. Lazarilla recorre la escena cautelosamente y con temor, se asoma al foro, luego se adelanta con desenvoltura y exclama:) ¡Me han dejado sola! Nadie guarda la puerta ¡Cuánto he sufrido en aquellas cuatro paredes! Levantarme á las cinco de la mañana, trabajar como una negra, para luego atiborrarme de sopas y lentejas á todo pasto... *Bacalado* y estofado, como dice la hermana Virtudes. Sí lo había; pero no para las pobres esclavas que allí explotan, sino para ellas... Jamás volveré al convento, donde castigan con exagerado rigor... No puedo olvidar lo que estará sufriendo la pobre Moncitos, pues porque le cogieron una carta en la cual contaba á su familia lo que en el convento pasa... la tienen encerrada á pan y agua... ¡No, no! Recobraré mi libertad; seré vendedora de churros ó lazarilla de un ciego como antes he sido, y, si es preciso, iré por esas calles de Dios bailando y cantando con los húngaros; todo es mejor y todo es preferible á volver al convento, donde en apariencia adoran á Dios y en su interior explotan y martirizan sin compasión... Dos años, día tras día, sufriendo y aguantando; dos años fingiendo como ellas; haciéndome la boba. ¡Ah!, pero al fin he conseguido lo que tanto deseaba; he conquistado la confianza de las monjas y con ella mi libertad... No podrán negar que he sido discípula aprovechada... Pondré en práctica sus lecciones... ¡A volar! ¡A ser libre!... ¡Adiós, hermana Virtudes!... ¡Hasta la vista... y recuerdos!... (Alza la falda con gracia y váse de puntillas por el foro,)

ESCENA VII

MARQUESA, CASIMIRO y VIRTUDES; ésta distraída contando dinero.

MARQUESA. ¿Está bien la cuenta?
VIRTUDES. Exacta; veinte pesetas el planchado... doce el bordado de los pañuelos... Son... son... treinta y dos; más cien pesetas de regalo para proveer de gallinas el gallinero, resultan... Justo... ciento treinta y dos.
MARQUESA. ¿Q é le ha parecido el altar?
VIRTUDES. Hermoso retablo. ¡Qué bordado en oro el de las casullas! De cuadros al óleo no entiendo, pero me agradan mucho. (Mirando con extrañeza.) ¡Pero, y Lazarilla!
MARQUESA. ¿Qué Lazarilla?
VIRTUDES. La educanda. (Recorren toda la escena registrando.)
CASIMIRO. (Aparte y sonriéndose.) ¡No lo decía yo! ¡Si tengo un olfato!... (Mientras la Marquesa y Virtudes miran, Casimiro sale foro y vuelve á los pocos momentos.) ¡Voló el pájaro y dejó la jaula abierta!
MARQUESA. ¡Será posible! ¡Tan cándida!...
VIRTUDES. ¡Virgen santa! ¡Ampárame! (Salen todos para cerciorarse.) (Entrando.) No hay duda... ¡Se marchó! ¡Se marchó!...
CASIMIRO. Tenga paciencia, hermana...
VIRTUDES. Siento las molestias de la señora Marquesa.
MARQUESA. Por mí no; yo lamento su pena y su disgusto.
VIRTUDES. ¡Qué sentimiento en las hermanas cuando me vean entrar sola!... (Llora.)
CASIMIRO. Pues ya no tiene remedio.
MARQUESA. Animo, hermana, ánimo.
VIRTUDES. Una chica tan útil... Trabajaba mucho y comía poco... quiero decir...
CASIMIRO. ¡Qué egoísmo!
VIRTUDES. Si no sé lo que digo.

MARQUESA. (Reconviniéndole.) ¡Casimiro!
CASIMIRO. Sello mis labios.
VIRTUDES. Adiós, señora Marquesa; Casimiro, adiós...
MARQUESA. ¿Se va, hermana? Yo no salgo de mi asombro...
VIRTÚDES. (Desde puerta del foro estrechando contra el pecho el bolsillo) ¡Qué desolación! ¡Gracias á que, tentando el bolsillo, se consolarán las hermanas! (Váse puerta foro; Casimiro detrás.)

ESCENA VIII

La MARQUESA. Luego CASIMIRO

MARQUESA. Bien ganan el cielo estas pobres mujeres con tantos disgustos y privaciones. ¡Infelices! ¡Y cuánto trabajan! Ellas planchan, cosen, bordan, hacen medias, arreglan encajes, velos, ejecutan preciosas é innumerables labores... Además, educan á las jóvenes extraviadas... ¡Y todavía hay gentes tan malas y perversas que se atreven á calumniarlas!...
CASIMIRO. ¿Ha oído usted, señora Marquesa, «que se contentarán las hermanas tentando el bolsillo?» ¡Buena gente!...
MARQUESA. Es lógico; viven casi en la miseria.
CASIMIRO. Señora, la verdadera miseria está en las bohardillas.
MARQUESA. Bien dice el padre Bartolo, que eres mordaz y malicioso.
CASIMIRO. ¿Y no lo ha conocido usted hasta ahora, señora Marquesa? Desde niños estamos bajo el mismo techo, bebemos el agua de la misma fuente... Aún tengo grabados en mi memoria los recuerdos de aquellos días en que jugábamos en el jardín, borrando la inocencia de la infancia la distancia que existe entre Casimiro, el hijo del cochero de los excelentísimos señores marqueses del Ciprés, y la heredera de tan ilustre título...

MARQUESA. Los hombres y el tiempo cambian y varían...

CASIMIRO. Pero no la idea del honor, que jamás yo empañaría; como que es la única herencia que me dejaron mis padres.

MARQUESA. Hago observaciones; pero ni trato ni está en mi ánimo mortificar a nadie.

CASIMIRO. Salvando todos los respetos y las infinitas bondades que á usted debo, diré, que yo he notado también la variedad de carácter, y cierta frialdad, cierta desconfianza en usted para sus fieles servidores, los que tantos años llevamos dando miles pruebas de lealtad y honradez... Y esto lo he notado desde que con tanta frecuencia la visitan á usted fray Diego y fray Bartolo.

MARQUESA. Luego confiesas que hay antagonismo entre los padres carmelitas, el administrador y tú; pues esto, y no otra cosa puede deducirse de tus palabras, aunque procures no explicarte con demasiada claridad.

CASIMIRO. Señora Marquesa: la situación se va despejando; por lo tanto, seré sincero.

MARQUESA. Concluye de una vez.

CASIMIRO. De tal manera se han apoderado de la voluntad de usted monjas y frailes, que esta siendo la señora Marquesa juguete que se disputan egoístas pasiones; y como no tiene usted herederos forzosos, tratan de apartarla de las personas que la rodean, para así con mayor facilidad poder apoderarse de la presa que tanto anhelan.

MARQUESA. ¿Qué presa?

CASIMIRO. La cosa está clara como la luz del día: los bienes de la señora Marquesa.

MARQUESA. ¿Quién intenta tal felonía con tan perversos amaños?

CASIMIRO. ¡Fray Diego y Fray Bartolo!

MARQUESA. ¿Y si los que intentasen eso fueran el administrador y algún otro cómplice?...

CASIMIRO. ¡Habrá quien nos crea capaces!...

MARQUESA. Varones tan rectos en sus juicios como sabios, sospechan, y no pueden equivocarse.

CASIMIRO. Hombres son como los demás y están sujetos al error como á toda flaqueza humana.

MARQUESA. Son ministros del Señor, y la difamación no puede mancharlos, porque el sagrado ministerio que ejercen los eleva muy por encima de todas las flaquezas humanas.

CASIMIRO. ¿Acaso el administrador no tiene suficientemente demostradas en tantos años su dignidad y honradez? En cuanto á su caballerosidad y delicadeza, pruébalo el que está arreglando documentos y cuentas para mañana hacer dimisión de su cargo.

MARQUESA. ¿Luego es decir que lo sabías y me lo has ocultado? Conspiráis en mi casa... ¡ingratos!

CASIMIRO. ¡No; ingratos, no! Guardadores de nuestro honor, sí... Cedemos el campo á tan villanos como poderosos enemigos; no los venceríamos nunca entre tinieblas, que es en el terreno donde ellos presentan la batalla... Señora Marquesa; sentiría abandonar á la víctima sitiada por gente disfrazada con el manto de una religión que adulteran; sentiría abandonarla, porque claramente se ve que tratan de aprisionarla entre sus redes sutiles como las de la araña y férreas cual jaulas de fieras...

MARQUESA. ¡Basta! No tolero tanto desatino y rechazo á tan generosos defensores que combaten á unos enemigos que sólo existen en su imaginación. Márchese en buen hora el administrador; que la gentuza que lee la mala prensa deshonra mi casa, pervierte á los que la rodean y es indigna del trato de las personas decentes...

CASIMIRO. ¿Pero no ve la señora que la están saqueando sin motines ni revoluciones?... ¿No hubiera sido más útil que esa hermosa cruz bizantina engarzada en brillantes y esmeral-

das la hubiera donado al museo que el Ayuntamiento está creando para honra y prez de los hijos amantísimos de este pueblo en que nacieron? ¡Qué satisfacción para los que, teniendo la copa de la ciencia en su mano, la acercan á los labios de los humildes!

MARQUESA. Al pueblo hay que darle pan y catecismo, como dice fray Diego.

CASIMIRO. Sí; para embrutecerle, y de este modo dominarle mejor...

MARQUESA. De todos modos no he hecho más que adelantar la fecha, pues cuando yo rinda tributo á la muerte, la vitrina será una de las mandas que dejaré á los carmelitas.

CASIMIRO. Hace usted bien; para que sea vendida por clérigos incultos, como se han dado casos, por unas miserables pesetas, y luego la exhiban en los museos extranjeros para vilipendio y mofa de esta nación desventurada...

MARQUESA. Cuánto más me contrarían, más y más se aviva en mi corazón el sentimiento religioso; y quien no acate mis órdenes, puede marcharse de mi casa.

CASIMIRO. Mi alma sólo encierra cariño y gratitud hacia usted...

MARQUESA. (Suena un timbre.) ¡No hablemos más!

(Váse Casimiro foro; la Marquesa queda sola leyendo un libro.)

ESCENA IX

MARQUESA, VDA. de PELÁEZ, BORDADORA y CASIMIRO; éstos puerta foro.

CASIMIRO. No quería dejarlos pasar; pero me lo han suplicado llorando.

MARQUESA. (Dejando el libro.) ¿Con quién hablo? ¿Qué se les ofrece?

V. Peláez. Señora Marquesa, tenga compasión de mí; soy la viuda de Peláez, la del cajón de la carne donde la cocinera de usted compraba; tengo tres hijos pequeños y con lo poco que gano los voy criando...

Bordad. A mí ya me conoce la señora; soy la bordadora y planchadora de la casa...

Marquesa. Era usted de la casa; pero hoy ha cambiado su situación... Compromisos ineludibles...

V. Peláez. Quince días hace, señora, que la cocinera no se acerca á mi puesto y toda la parroquia la voy perdiendo... ¡Qué será de mis pobrecitos hijos si yo no lo gano!...

Marquesa. Tiene usted un hijo socialista que predica por los mitins la revolución social.

V. Peláez. ¿Y son responsables los padres de los actos de sus hijos?

Marquesa. ¿Vive con usted?

V. Peláez. No, señora; es casado.

Marquesa. Reconozco que no ejerce usted potestad sobre él; pero de todas las maneras, el mandarme las chuletas el otro día envueltas en *El Motín,* no se lo perdono.

V. Peláez. No fué culpa mía, señora marquesa; lo hice sin intención... ¡Por mis criaturas os suplico tengáis compasión de mí!... Tal vez será usted madre; quizás...

Marquesa. Lamento no poder complacerla; me es de todo punto imposible.

V. Peláez. ¡Dios mío! ¡Dios mío! (Llora.)

Bordad. Señora: he sabido que el bordado y el planchado se lo da usted á las monjas; no creo tenga queja de mi trabajo; pero si es por economía, estoy dispuesta á trabajar por el precio que las Hermanas lo hagan, á pesar de que ellas ni pagan al casero ni satisfacen jornales á sus oficialas.

Marquesa. Me parece que tiene usted más de bachillera que de bien educada.

Bordad. Tengo á mi anciana madre baldada en la

cama, y no poseo más rentas para atenderla que el escaso jornal que consigo reunir con mi trabajo... No extrañe, pues, la señora Marquesa que el hambre y la desesperación la empujen á una á decir verdades, por amargas que sean.

MARQUESA. Me da usted explicaciones que no le pido; y si las monjas pagan ó no al casero, eso no es cuenta de usted; además, yo no voy á convertirme en paño de lágrimas de todo el mundo.

BORDAD. Si no pedimos limosna, señora Marquesa; pedimos trabajo.

MARQUESA. Yo no puedo dárselo á ustedes.

BORDAD. Luego no hay remedio á nuestro mal.

V. PELÁEZ. Nos sitian por hambre, y esto lo hacen los que creen seguir á Jesucristo; á Jesús, que amaba al pobre y fué todo amor y dulzura...

MARQUESA. No debo dar á ustedes cuenta de mis actos; tengo mi conciencia tranquila, y esto es lo suficiente para estar completamente satisfecha.

BORDAD. ¡Satisfecha y tranquila con tal proceder! Señora Marquesa; las obreras no tenemos más que dos elementos de vida: el matrimonio y el trabajo; el primero es difícil por la escasez de hombres, pues, según la estadística, emigran cada año más de diez mil jóvenes que van en busca del pan que en España no encuentran; si el matrimonio es difícil á las chicas pobres y el trabajo se lss arrebata, ¿qué les queda sino caer en la deshonra?... Luego vienen las distinguidas damas de la «Trata de Blancas» á recoger las víctimas de las que pagan por pecar para que otras damas espirituales las exploten hasta en la desgracia...

MARQUESA. Calumnia vil que propalan los enemigos de tan santas mujeres.

V. PELÁEZ. (Con solemnidad.) Señora Marquesa del Ci-

prés; la verdad es una y absoluta, y arrolla y aniquila toda farsa y toda hipocresía, aunque éstas vistan mágicas galas para seducir. Esto que digo y más que diré, lo aprendí de mi hijo. Si Jesús volviera al mundo os arrojaría de sus templos á latigazos por hipócritas y fariseos. La hora de la justicia no ha llegado, señora Marquesa; ¡pero llegará, vaya si llegará!... (Vánse Viuda y Bordadora, pero se interpone Casimiro y dándoles dinero exclama)

CASIMIRO. ¡Yo también tengo mis pobres! (Váse tras ellas, foro.)

ESCENA X

MARQUESA y CASIMIRO, éste por el foro.

MARQUESA. ¡Qué atrevimiento y osadía! Como si una no fuese libre de comprar con su dinero donde mejor le plazca. El endemoniado espíritu liberal, como dice acertadamente mi confesor fray Diego, se apodera hasta de las mujeres del pueblo, y cómo se explican en el lenguaje de la maldad, claro, lo aprenden en los mitins... ¡Qué labor la de la mala prensa! ¡Dios mío, Dios mío! ¡Apiádate de tanto pecador extraviado!

CASIMIRO. ¡Pobres mujeres!

MARQUESA. ¡Tú también! Me han amenazado; esas no son mujeres, son furias del Averno... Y prepara Casimiro, tus baules, que dentro de ocho días tienes que abandonar esta casa... Esta situación violenta tendrá pronto desenlace...

CASIMIRO. Señora; aunque estalle mi pecho en mil pedazos ocultando en él mi pena y sentimiento, no espero ocho días: me voy mañana con el administrador. La paciencia y el

respeto tienen sus límites. Esas desventuradas mujeres no son furias del Averno, son víctimas del terrible batallar de la vida; en ese choque del bien y del mal se produce asfixiante ambiente, el cual sólo se purifica practicando el bien universal saturado con la Moral y el Progreso. Los que de España hacen una nación fanática y miserable pudiendo hacerla rica, culta y feliz, serán los responsables el día que ocurra la hecatombe de que usted habla á cada momento. De la madera de esa planchadora y cortadora, salen las heroínas en los motines y revoluciones. Las víctimas de hoy serán los jueces de mañana, y al hacer justicia serán inexorables. ¡Ellas lo han dicho: llegará el día!... ¡Vaya si llegará!...

TELÓN

